
6. EPÍLOGO

Un llamado a la reflexión

La Facultad de Ingeniería, con un poco más de 8000 estudiantes, es la unidad académica más grande de la Universidad de Antioquia. La Facultad hace parte de una institución que desde hace más de diez (10) años ha venido ampliando paulatinamente su cobertura estudiantil y creando programas, sin planeación adecuada y sin que ello sea un propósito consciente de todos los estamentos que la constituyen. Además, esta mayor oferta de cupos para los programas académicos de pregrado no ha estado acompañada de un aumento sustancial en la vinculación de profesores de tiempo completo y de mejoras reales en su infraestructura física y tecnológica, no obstante la construcción del bloque 19. Actualmente, el 80% de los docentes son de cátedra y las quejas por las ayudas y soportes técnicos para la enseñanza son un comentario común.

Ingeniería ha sido líder en la ampliación de cupos para sus programas, circunstancia muy diferente a la presentada en otras facultades, como Medicina, donde los cupos han sufrido, en el tiempo, leves aumentos. Sin embargo, este liderazgo no es un proyecto colectivo y planificado de sus estamentos. Simplemente la dirección de la Facultad acepta acríticamente las decisiones que la alta dirección gubernamental y universitaria definen en cada momento, sin medir sus desfavorables consecuencias académicas y sociales.

En el anterior contexto, en la Facultad se vive un mayor hacinamiento y una falta de recursos materiales evidentes, con un creciente número de profesores de cátedra mal remunerados y atareados con múltiples compromisos docentes dentro y fuera de la Universidad. Por supuesto, tales circunstancias afectan directamente la calidad académica de una institución que está recibiendo estudiantes con ingresos económicos bajos o medios (el 93% pertenece a los estratos 1, 2 y 3) y con competencias insuficientes para acceder a los conceptos ingenieriles.

El Grupo Ingeniería y Sociedad, por medio del «Observatorio de la vida académica de los estudiantes de pregrado de la Facultad de Ingeniería», ha registrado que la principal causa de deserción estudiantil en los primeros cuatro semestres de los programas presenciales obedece a razones académicas. Es decir, el estudiante que se matricula en la Facultad arrastra, en un gran porcentaje, deficiencias teóricas que no le permiten acceder naturalmente a los saberes superiores. Por supuesto, esta falencia remite a problemas estructurales del sistema educativo, desde los primeros años de educación, donde se puede señalar, por ejemplo, que muchos niños de limitados recursos económicos son atendidos en guarderías o casas de familia dirigidas por madres comunitarias, sin ninguna fundamentación pedagógica.

Lógicamente, escapa a las posibilidades reales de la Facultad y de la Universidad remediar totalmente las deficiencias estructurales académicas que presentan los estudiantes vinculados a sus programas. Son innegables los esfuerzos que se adelantan por parte de los programas de bienestar universitario con el fin de aliviar las insuficiencias académicas y económicas de su estamento básico, pero los porcentajes de deserción se mantienen estables en alrededor del 50% al cabo de 14 semestres de vida académica de una cohorte presencial, aunque se podría afirmar que esta cifra podría ser mayor si dichos programas no existieran.

Adicionalmente, la Facultad, para cumplir con las metas de ampliación de cobertura, ha puesto en marcha desde 2005 la modalidad virtual en varios programas de pregrado, lo que en principio puede ser loable pero que luego de mirar sus resultados, con una deserción del 83% después de 14 semestres de vida académica, puede convertirse en una tragedia existencial para los alumnos y sus familias y en una preocupante experiencia para la Institución.

Varias hipótesis pueden explicar la ineficiencia del anterior proceso formativo. Primer hecho: los estudiantes de la modalidad virtual ingresan a la Universidad con puntajes de admisión, mínimo, de 53 frente al puntaje de corte en los mismos programas, pero presenciales, el cual se sitúa entre 65 y 67 puntos. Entonces, un alumno virtual ingresa con una exigencia menor a un programa académico de ingeniería que un estudiante en la modalidad presencial. La circunstancia anterior se agudiza con la decisión administrativa de crear el nivel cero, donde se podrán admitir estudiantes con puntajes de 40. En este crudo panorama la exigencia de la calidad académica se desdibuja; e injustamente, y tal vez sin saberlo, la Universidad está prefiriendo estudiantes con más bajo nivel académico frente a otros con mejores méritos.

Así entonces, un aspirante a un programa presencial que obtuvo 60 puntos en la prueba de admisión es desechado, pero un aspirante a un programa virtual con 53 o menos puntos en el examen de ingreso es aceptado. Obviamente, aquí se revela una inequidad, porque, entre otras cosas, son estudiantes de los mismos estratos sociales. La Institución, entonces, no siempre prefiere al mejor estudiante, lo cual amerita una atención especial para subsanar este absurdo desequilibrio.

Otro hecho que podría explicar la ineficiencia en la modalidad virtual es la ausencia de una cultura pertinente entre profesores y estudiantes que comprenda que el proceso enseñanza-aprendizaje en la virtualidad no es solamente instrumental sino pedagógico. Más importante que instruir es educar, donde se llegue al alma de unos alumnos que en su mayoría laboran de tiempo completo (62%) y cuyas edades alcanzan los 27 años, en promedio, en el primer semestre.

El panorama descrito en la modalidad virtual demanda, urgentemente, ejercicios de autoevaluación objetiva y franca, sin perjuicio de una evaluación externa que aplique modelos de la comunidad científica, que permitan su sostenibilidad con altos niveles de impacto social. Sin este examen, es irracional extender y generalizar esta modalidad de modo acelerado como se pretende actualmente. Es así como se han venido implementando cursos virtuales en asignaturas básicas en los programas presenciales sin que los docentes ni los estudiantes hayan asimilado esta cultura que exige mayor autodisciplina, excelente fundamentación teórica y gran concentración académica para todos los involucrados en el proceso.

La acreditación institucional y de sus programas que la Universidad y la Facultad han venido adelantando, más que la búsqueda de una certificación formal, debe ser la oportunidad para advertir nuevos caminos, detectar falencias y establecer acciones a la altura de la Institución. O sea, debe constituirse en un camino a la excelencia, que para nuestra Institución sirva para sistematizar la información, mejorar los laboratorios, crear conciencia sobre la relación de los currículos con el entorno, incentivar el diálogo disciplinar entre los profesores, resolver la tensión entre una universidad profesionalizante y una universidad investigativa, e institucionalizar la planeación como ejercicio colectivo y vinculante. Igualmente, y como complemento

necesario, se debe observar el personal que compone la Universidad; en especial, es pertinente saber qué significa el tipo de estudiante que se matricula para insertarse en un ambiente universitario y en una organización institucional que a veces puede resultar extraña para ciertos grupos vulnerables, como los indígenas y negritudes, que constituyen el sector que primero tiende a desvincularse de la Facultad y, por ende, de la Universidad. Siempre se debe tener una fotografía social actualizada de los estudiantes, de los profesores y de los administradores con el fin de captar todas las dimensiones de su existencia y poder trazar programas y acciones que prevengan dificultades o mejoren su situación. Por ejemplo, los profesores doctores vinculados recientemente puede que no tengan como proyecto de vida trabajar en la Universidad frente a las perspectivas de mejores ofertas laborales. Igualmente, es preciso observar cómo el ambiente académico que debe reinar en un centro de educación se va deteriorando por el hacinamiento, la falta de recursos físicos, el estallido de bombas, la presencia de sectores no universitarios que buscan amparo en la Institución y los enfrentamientos de grupos encapuchados con la policía.

Sin embargo, la Universidad debe estar atenta a registrar y generalizar las buenas experiencias, como la referida al programa de educación flexible que prepara aspirantes con cursos presenciales que luego son reconocidos si la persona es admitida posteriormente en la Universidad. Se ha podido observar que estos estudiantes que ingresan por la mencionada modalidad tienden a poseer un mejor desempeño académico en los primeros semestres. Y en la misma dirección, de las buenas prácticas, se deben destacar los nuevos currículos de los programas de Ingeniería Industrial e Ingeniería de Materiales, que permiten a sus estudiantes matricularse, desde los primeros semestres, en asignaturas profesionales, además de algunas básicas, que facilitan al alumno visualizar tempranamente el sentido y el contenido de la carrera, lo cual, además, permite definir oportunamente la vocación profesional de unos jóvenes que encuentran en la educación superior un factor confiable de movilidad social, no obstante la realidad económica del país.

La Facultad de Ingeniería posee un modesto protagonismo en la Universidad y su impacto en la sociedad no es claramente visible, circunstancia que no se mejora flexibilizando los criterios de admisión estudiantil, improvisando en programas virtuales, contratando espontánea y masivamente profesores de cátedra y conviviendo en unos recintos todos los días más hacinados. Una Facultad desdibujada deja de serlo cuando constituya una masa crítica que piense con criterios propios su rumbo, según sus capacidades reales y de acuerdo con sus necesidades, sin que esto lleve a pensar que la Facultad se deba convertir en una isla dentro de la Universidad. Es necesario que la Institución adopte una actitud que enfoque su quehacer hacia la modernidad y diseñe los proyectos respectivos que incorporen a las comunidades ancestrales y a los sectores sociales habituados a la no presencia del Estado, sin competencias para enfrentar los retos universitarios. O sea que no basta la simple modernización, es decir, la introducción de tecnologías que pueden impactar de entrada, positiva o negativamente, a los mencionados actores, los cuales provienen de sectores que podrían calificarse de premodernos.

Estas apreciaciones surgen luego de diez (10) años de análisis detallado a partir del proyecto «Observatorio sobre la vida académica de los estudiantes de pregrado de la Facultad de Ingeniería», cuyos trabajos documentados se han venido publicando de modo sistemático en la página web de la Facultad.